

Baroja o la conciencia de que el novelista debe ser un artesano

Escribe: JAIME ESPINOSA DEDERLE

— 1 —

No se puede volver la mirada a la España romántica, sin detenernos con obstinada curiosidad en la novelística de Pío Baroja. Su obra, como en rigor toda gran obra literaria, sólo con la perspectiva del tiempo puede ser evaluada con alguna justeza y meditación.

Es posible que la producción de Baroja haya tenido en su esencia una falla fenomenal: retrotraer épocas y personajes fenecidos, no propios de su ambiente y su momento; pero es tal vez esta insobornable lealtad a su visión anticuada lo que viene a otorgarle a la tarea barojiana un innegable y creciente interés, sobre todo en los espíritus ansiosos de conocer audacias antiguas. Desde este ángulo, es evidente que las novelas de Baroja tienen la virtud de rescatar el tiempo perdido y los caracteres que difícilmente volverán a repetirse. Su técnica es evocativa. Por eso no se detiene a narrarnos la vida de los seres que lo rodean.

Un contemporáneo suyo ha esbozado así la intención literaria de Baroja: "...Buscando en torno suyo seres reales donde algo dinámico se manifestara, ha tenido que ir al margen de la sociedad actual, y precisamente en eso que suele considerarse como el escombros social —los golfos, los tahúres, los extravagantes, los vividores, los suicidas— creyó encontrar su asunto".

No le interesan los personajes, sino los caracteres, y antes de integrarlos a su universo los somete en forma implacable a un análisis en su laboratorio de novelista.

¿Cuál es el tema que se propone Baroja en sus libros? La vida como oportunidad de escape, ante todo. ¿Escape de qué? Escapar del aparato formalista de la existencia; derrotar su rigor, su vana solemnidad, tal es el propósito de Baroja, enemigo mortal de la simulación.

Esta postura intransigente y libre de claudicaciones es el rasgo dominante que se percibe y que palpita en el alma de sus libros, como un signo inequívoco de quien no quiere servir sino a su musa. Sus novelas van germinando al impulso de su insularidad vasca y de su ambición de hombre libérrimo. Parece poca cosa, pero hoy en día, vista retrospectivamente la historia de las letras españolas, en el campo de la novela sólo se divisan tres promontorios: Cervantes, Galdós, Baroja. Y fuera de España, el escritor vasco sólo puede equipararse con Balzac, en cuanto a fertilidad en la producción se refiere.

Pío Baroja es uno de los pocos escritores que tienen plena conciencia de que el novelista debe ser un artesano, un trabajador infatigable.

¿Cómo tiene que ser el carácter de alguien para que interese a Baroja como novelista? Resolver esta cuestión es fundamental porque a través de ella puede capturarse la intención del arte barojiano, que consiste no en dibujar seres acartonados, sino en retratar humanidades con sus vicios y frustraciones; a veces pinta seres estrafalarios, fuera de serie, a los que pone a circular en sus historias con un frenesí casi maniático.

Ante todo, a Baroja le importa el hombre de acción. Que se haya dedicado a actuar en el mundo de la beatitud o en el mundo licencioso le tiene sin cuidado. Del enjambre de seres reales e hipotéticos, el novelista desecha los individuos correctos y amanerados para quedarse con los díscolos e independientes, que no han puesto su corazón sino al servicio de sus ideales. Y esos ideales jamás coinciden con los imperantes en ninguna época, por la sencilla razón de que los seres rebeldes (que son los que interesan a Baroja), están siempre al margen de la sociedad cuando no contra ella.

El de Baroja es un caso monumental de infidelidad con su medio y con su época, y su literatura se alimenta antes que nada de odios y amores. Y su imaginación se evade a otras edades en busca de almas nobles, generosas, cándidas e iconoclastas. Por contraposición a su circunstancia, Don Pío nos entrega una serie de novelas fabricadas con personajes, situaciones y caracteres a la medida de su temple.

— 4 —

Atrinchado en su mirador, Baroja cuando no se halla a gusto con las fisonomías y caracteres que desfilan en torno suyo, ejercita su capacidad de elección y discretamente se retira a la penumbra, sin pactar con nadie. Queda desde luego condenado al inmovilismo, pero es entonces cuando él hace entrar en la escena de sus historias a seres activos, dinámicos. Le acontece a nuestro personaje lo que a ciertos seres extraños negados para el amor, quienes un buen día en virtud de un raro mecanismo mental y emotivo, lanzan una teoría explicando el delirio erótico.

Y de esas historias de Baroja se desprende un hálito antiguo, una emanación como de mejores épocas.

Más de ochenta títulos integran la colección de novelas de Baroja, y en ninguna de esas páginas se asoma ni por equivocación la retórica.

Esa vocación anti-retórica hace indudablemente del arte barojiano algo sólido, sustantivo, impermeable a todo alambicamiento y a cualquier exceso ornamental. Esto sería lo primero que podría advertir el crítico del estilo de Baroja. Pero la crítica literaria no puede consistir simplemente en una valoración del lenguaje, sino que ha de adentrarse en el fondo mismo de la estructura general de la obra, para definir su carácter, advertir sus limitaciones y formular los correctivos necesarios.

El crítico no puede por tanto quedarse cumpliendo una melancólica función de corrector gramatical, sino que ha de descubrirnos la esencia y las modulaciones de la obra literaria, así como precisar los alcances e implicaciones que aquella pueda tener en un contexto de tiempo y espacio. La función crítica no tendría ningún objeto si exclusivamente consistiera en una formulación de alabanzas o denostaciones, formuladas para llenar

el vacío que proyecta la ausencia de todo criterio y de toda argumentación.

— 5 —

Buscar la intención íntima del autor y exponerla a los ojos del lector parece ser la tarea propia de todo crítico. Por tanto, hay que advertir que parte de la filosofía de Baroja se halla inscrita en su obra “El Tablado de Arlequín”. Allí leemos lo que sigue: “Yo creo posible un renacimiento, no en la ciencia ni en el arte, sino en la vida. El primer renacimiento se originó cuando los pueblos latinos hallaron bajo los escombros de una civilización, muerta al parecer, el mundo helénico tan hermoso, aún palpitante; el nuevo renacimiento puede producirse, porque debajo del montón de viejas tradiciones estúpidas, de dogmas necios, se ha vuelto a descubrir el soberano ‘YO’ ”.

“No creo que haya nada tan hermosamente expresado como esta teoría de Darwin, a la que denominó él, con una brutalidad shakesperiana, **struggle for life**; lucha por la vida”.

“Todos los animales se hallan en un estado de permanente lucha respecto a los demás; el puesto que cada uno de ellos ocupa se lo disputan otros cien; tiene que defenderse o morir. Se defiende y mata; está en su derecho. El animal emplea todos sus recursos en el combate; el hombre, no; está envuelto en una trama espesa de leyes, de costumbres, de prejuicios. Hay que romper esta trama... El tiempo de la escuela ha pasado ya, ahora hay que vivir...” (“El Tablado de Arlequín”).

El anarquismo fue una de las actitudes que más apasionaron a Baroja, y es frecuente hallar en sus novelas varios tipos de anarquistas, seres que de pronto mandan todo al diablo.

— 6 —

Quien desee intimar más a fondo con los sueños y las aventuras personales del escritor, forzoso es que consulte la biografía “Pío Baroja y su tiempo”, de Sebastián Juan Arbó. En esta monumental descripción crítica, el lector hallará aprisionada la vida sugestiva y fantástica de este español a quien su pasión por las letras lo hizo invulnerable.